

que Él es todo entero Entendimiento y todo entero Palabra y allí donde está el Entendimiento está también su Palabra, y que su Entendimiento es idéntico a su Palabra, al hablar así, juzgará todavía al Padre de todas las cosas inferior a lo que realmente es, pero se expresará mucho más correctamente que esas personas que transfieren al Verbo eterno de Dios la manera como se produce la «palabra humana proferida» y que dan a este Verbo de Dios un comienzo y un principio de emisión igual que a su palabra. El Verbo de Dios o, por mejor decir, Dios mismo, puesto que Él es el Verbo, ¿en qué superará a la palabra humana, si en Él se encuentra el mismo orden de sucesión y la misma manera de emisión?

13,9. Se equivocaron igualmente al hablar de la *Vida*, diciendo que fue emitida en sexto lugar, cuando era preciso anteponerla a todas las cosas, puesto que Dios es la Vida, la Incorruptibilidad y la Verdad. Por otra parte estas cosas no han sido emitidas según un proceso de desarrollo: son simplemente los nombres de aquellas virtudes que están desde siempre con Dios tal como es posible y permitido a los hombres oír decir de Dios. Porque bajo el nombre de Dios se entienden simultáneamente el Entendimiento, la Palabra, la Vida, la Incorruptibilidad, la Verdad, la Sabiduría, la Bondad, y todos los demás atributos. Y no se puede decir que el Entendimiento sea anterior a la Vida, porque el Entendimiento mismo es Vida, ni que la Vida sea posterior al Entendimiento, a fin de que no esté en ningún momento sin vida aquél que es el Entendimiento, que abarca todas las cosas, es decir, Dios. (De otro modo faltaría en algún momento la vida a aquél que es el Entendimiento que abarca todas las cosas, es decir, a Dios). Mas si dijeren, que la Vida estaba en el Padre, y que ha sido emitida en sexto lugar para que viva el Verbo, era preciso que fuera emitido mucho antes en cuarto lugar para que viviera el Entendimiento, y mucho antes aún, en tiempo del Abismo, para que viviera su Abismo: agregar la Sige al Pro-Padre (Primer Principio) a título de esposa y no añadirle la Vida, ¿no está sobre todo desatino?

c) *Emisión del Hombre y de la Iglesia*

13,10. Al tratar de la emisión siguiente, a saber, del Hombre y de la Iglesia, tenemos que decir que los padres de los valentinianos, es decir los mal llamados «gnósticos», luchan entre sí, reivindicando sus propios bienes y echándose en cara de no ser más que ladrones mezquinos: diciendo que estaría más conforme con el orden normal de emisión, como más conforme con la verdad, que fuera el Verbo el emitido por el Hombre y no el Hombre por el Verbo; y que por lo tanto el Hombre es anterior al Verbo y es el Dios que está sobre todas las cosas.

Tal es la manera como ellos han hecho hasta ahora sus conjeturas, partiendo de la psicología humana: de las nociones de la mente, de la producción de pensamientos y de la emisión de palabras, a fin de poder mentir después contra Dios, a pesar de toda su apariencia de verdad. Porque lo que tiene lugar entre los hombres —o sea, todo los fenómenos que los hombres experimentan en sí mismos— trasladan los valentinianos al Verbo divino. Parecen decir cosas a propósito para los que ignoran a Dios y es de manera que, a partir de todos esos fenómenos humanos, perturbaban la razón de esas personas. Explicando que el origen y emisión del Verbo de Dios viene en quinto lugar, pretenden enseñar los misterios maravillosos, inenarrables, profundos, de nadie conocidos, de los que el Señor había dicho: «Buscad y hallareis»^a, a fin de que busquen con claridad cómo del Abismo (Bytho) y del Silencio (Sige) han surgido el Entendimiento y la Verdad, después de éstos el Verbo y la Vida, y finalmente del Verbo y la Vida, el Hombre y la Iglesia.

d) *Como un paréntesis = El origen pagano de las teorías valentinianas*

14,1. Entre los antiguos poetas cómicos ninguno ha hablado con tanta verosimilitud y tanta elegancia acerca del origen de

todos los seres como Aristófanes en su teogonía. Según él, de la Noche y del Silencio surgió el Caos, después del Caos y de la Noche, el Eros: del Eros salió la Luz, después todo el resto de la primera generación de Dioses, después de los cuales el poeta introduce la segunda generación de dioses y la producción del mundo, a continuación cuenta la plasmación de los hombres por medio de los segundos dioses. Los valentinianos, apropiándose de esta fábula, han usado de ella como de un tratado de historia natural, limitándose a cambiar los nombres de los dioses, exponen la misma génesis y la misma emisión de todos los seres: en lugar de la Noche y del Silencio ponen el Abismo y el Silencio (Sige), en lugar del Caos, el Entendimiento; en lugar del Eros, por medio del cual, según el poeta cómico, ha sido ordenado todo lo demás, han introducido al Verbo; en lugar de los primeros y de los más grandes de entre los dioses han imaginado a los Eones; en lugar de los segundos dioses exponen en detalle la actividad desarrollada fuera del Pleroma por su Madre, a la que ellos llaman «la segunda Ogdóada» y a la que, como este autor cómico, le atribuyen la producción del mundo y la plasmación de los hombres. Diciendo ser ellos los únicos en conocer los misterios inefables y desconocidos, en realidad, lo que en todas partes sobre los escenarios de teatro es recitado con espléndidas voces por los comediantes, lo ponen ellos en su argumento —o, por mejor decir, cambiando los vocablos utilizan las mismas fábulas para su enseñanza—.

14,2. Y no sólo se les acusa de presentar como bienes propios lo que se encuentra entre los poetas cómicos, sino también lo que ha sido dicho por aquellos, que desconocen a Dios y se llaman filósofos, lo han apropiado y, como cosiéndolo en una especie de centón hecho de múltiples y miserables colgajos, se han fabricado un falso exterior cargado de sutilezas; la doctrina que introducen es nueva, en cuanto que ha sido elaborada ahora con un arte nuevo, pero es antigua e inservible, puesto que ha sido extraída de antiguas creencias que no exhalan más que ignorancia y negación de Dios. Tales de Mileto dijo que el origen y el

principio de todos los seres era el agua: es lo mismo decir agua que Abismo (Bytho). El poeta Homero puso el océano como principio de los dioses y a Tethis como su madre^a; los valentinianos lo han sustituido por el Abismo y el Silencio. Anaximandro puso como causa primera de todas las cosas al infinito que contenía en sí en germen el origen de todos los seres de donde han salido, según él, los mundos ilimitados: los valentinianos lo han convertido en el Abismo (Bytho) y sus Eones. Anaxágoras, que fué llamado el ateo, enseñó que los seres vivientes han nacido de semillas caídas del cielo sobre la tierra: los valentinianos las han convertido en simiente de su Madre, añadiendo que ellos mismos son esa simiente; confesando así sin rodeos ante aquellos que tienen sentido común que ellos son las semillas del ateo Anaxágoras.

14,3. Su sombra y su vacío los han tomado ellos de Demócrito y de Epicuro para adaptarlos a su sistema: porque fueron estos filósofos los primeros que hablaron con profusión del vacío y de los átomos, llamado a éstos el «ser» y a aquél el «no ser»; así hacen también los valentinianos, llamando «ser» a lo que está en el interior del Pleroma y que corresponde a los átomos de los filósofos, y «no ser» a lo que está fuera del Pleroma y corresponde al vacío de esos mismos filósofos. Y así como ellos están en este mundo, es decir, fuera del Pleroma, se ha colocado a sí mismos en un lugar que no existe. Por otra parte, cuando dicen que los seres de nuestro mundo son imágenes de realidades de arriba, exponen manifiestamente la opinión de Demócrito y de Platón. Demócrito fue el primero en decir que figuras múltiples y variadas, salidas del «Todo», descendieron a este mundo. Platón a su vez puso la materia como modelo y como Dios. Los valentinianos, siguiendo su ejemplo, llamaron a sus figuras y modelos: imágenes de las cosas de arriba; y, gracias a un simple cambio de vocablo, pueden jactarse de ser inventores y creadores de lo que no es más que una ficción de su imaginación.

14,4. Dicen también que el Demiurgo ha sacado el mundo de una materia preexistente: Anaxágoras, Empédocles y Platón había dicho ya esto mismo antes que ellos, inspirados también como se da a entender claramente, por la Madre de los valentinianos. Dicen también que todo ser se descompone en los elementos de que ha sido constituido, y que Dios mismo es esclavo de esta necesidad, de tal manera que no puede añadir la inmortalidad a lo que es mortal o conferir la incorruptibilidad a lo que es corruptible, sino que cada ser debe volver a la substancia que corresponde a su naturaleza: lo cual ha sido afirmado ya por los que se llaman estoicos —del vocablo griego que significa pórtico— y por todos los poetas y escritores que desconocen a Dios. Los valentinianos, poseyendo la misma incredulidad, han señalado como lugar propio de los espirituales el interior del Pleroma, de los psíquicos el Intermedio, y de los hylicos el elemento terrestre: contra lo cual, aseguran, Dios no puede nada, sino que cada uno de los seres susodichos vuelve a lo que le es consubstancial.

14,5. Cuando afirman que el Salvador proviene de la aportación de todos los Eones, en cuanto que cada uno de ellos deposita en él su cualidad más sobresaliente, no añaden nada nuevo a lo que era ya la Pandora de Hesíodo. Lo que él dice de la Pandora, enseñan éstos del Salvador, haciéndole un Pandoro donde cada uno de los Eones depositara lo mejor que tiene.

Han debido heredar de los Cínicos, puesto que tienen las mismas opiniones que ellos, la opinión misma indiferente sobre los alimentos y demás acciones, y el hecho de que piensan que no pueden ser mancillados absolutamente por nadie, ni por nada, a causa de su clase excelente, coman lo que coman u obren lo que obren.

Tratan de enderezar contra la fe el estilo conciso y la sutileza en las investigaciones, que son cosas propias de Aristóteles.

14,6. El hecho de que hayan querido reducir este mundo a números lo han recibido de los Pitagóricos. Han sido éstos los

primeros en poner los números como el principio de todas las cosas, y como principio de los números mismos el par y el impar, de los que han hecho derivar respectivamente lo sensible y lo inteligible: los unos son, añaden ellos, los principios del substracto material y los otros los de la intelección y de la realidad substancia (materia y forma), y éstos son los dos principios de que han sido hechas todas las cosas, de la misma manera que una estatura se compone de bronce y de su forma. Los valentinianos han adaptado esto a las realidades exteriores al Pleroma. Por otra parte, dicen los Pitagóricos: que el principio de la intelección está en el hecho de que el espíritu, teniendo una especie de intuición de la unidad original, anda buscando, hasta que se detiene cansado, en lo uno e indivisible. Y que el principio de todos los seres, y el origen de toda producción, está por tanto en el uno: de él ha nacido el dos, el cuatro, el cinco y todo el resto de los números. Todo ello lo aplican los valentinianos palabra por palabra a su Pleroma ya su Abismo (Bytho); por eso tratan de introducir también aquellas uniones (sycygias), que proceden del uno: Marcos se enorgullece como si se tratara de su propia doctrina, mas, en realidad, porque le parece haber encontrado algo más novedoso que los demás, al referir que el número cuatro de Pitágoras es como el origen y madre de todos los seres.

14,7. He aquí por tanto lo que vamos a decir contra los valentinianos: todos éstos de los que venimos hablando, de cuyas ideas os habéis apoderado vosotros, tal como se ha demostrado, ¿conocían o no conocían la verdad? Si la conocían, fue inútil el descenso del Salvador a este mundo. Porque ¿para qué iba a descender? ¿Para hacer conocer la verdad a los que la conocían ya? Y si no la conocían ¿cómo compartiendo en todo las ideas de esos que no han conocido la verdad, podéis enorgulleceros de ser los únicos en poseer el «conocimiento» superior a todo, que poseen los mismos que desconocen a Dios? Por tanto, usando de antífrasis llaman «conocimiento» al desconocimiento de la verdad, y Pablo dice bien al hablar de «novedades en las palabras» y de

«falsa ciencia»^a, porque en realidad su conocimiento se ha manifestado falso.

Quizás repliquen, en su desvergüenza, que, aun cuando estas personas no hayan conocido la verdad, su Madre o la Simiente del Padre, por intermedio de tales hombres, de la misma manera que por medio de los profetas, ha anunciado los misterios de la verdad, sin el conocimiento del Demiurgo. En primer lugar, responderemos nosotros, que las enseñanzas, de que hemos hablado, no eran de manera que no pudieran ser entendidas por cualquiera; porque los hombres mismos sabían lo que decían, así como sus discípulos y sucesores. Después, si la Madre o la Simiente conocían o hacían conocer lo que era propio de la verdad, y si el Padre es la Verdad, el Salvador ha mentido, según ellos, al decir: «Nadie ha conocido al Padre sino el Hijo»^b.

Porque si el Padre ha sido conocido por la Madre o por su Simiente, no se puede decir más: «Nadie ha conocido al Padre sino el Hijo» —A no ser que su Simiente o su Madre sean precisamente «nadie».

e) Emisión de la Década y de la Dodécada y otras emisiones posteriores. (14,8-9)

14,8. Hasta aquí se han dirigido a la multitud, desconocedora de Dios, utilizando la psicología humana y recurriendo a analogías; seducen a algunos por medio de verdades aparentes, los atraen por medio de nociones que les son familiares, incluso en su enseñanza referente a los eones: les exponen el origen del Logos de Dios, de la Verdad, de la Vida y hasta del Entendimiento. Ellos son los que hacen el parto de estas emisiones de Dios. Mas por lo que se refiere a los Eones siguientes, no hay ni la menor apariencia de verdad, ni la menor prueba; es la mentira en toda línea. Así como para apresar a un animal, se le presenta, para atraerlo, su alimento habitual y se le va engañando poco a

poco, por medio de ese alimento que le es familiar hasta que se le tiene cogido en la trampa, y después una vez capturado, se le ata estrechamente y se le manda por la fuerza donde se quiera: Así obran también estas personas: Partiendo de nociones familiares, hacen primeramente aceptar poco a poco, por medio de argumentos engañosos, las emisiones de que hemos hablado más arriba; después de introducir toda clase de diferentes emisiones desprovistas de lógica y de verosimilitud, afirman que han sido emitidos diez Eones por el Verbo y la Vida, y otros doce por el Hombre y la Iglesia. Aunque no tengan ninguna prueba, ni testimonio, ni razón plausible, ni nada parecido, quieren que se crea ciegamente y en el acto que del Verbo y de la Vida han sido emitidos: Bytho y la Mixis, el Insenescible y la Unión, el Natural y la Delectación, el Inmóvil y la mezcla, el Unigénito y Macaria, y, de la misma manera, de los Eones Hombre e Iglesia han sido emitidos: el Paráclito y la Piste, el Paterno y la Esperanza, el Métrico y la Amistad, el Año y la Synesis el Eclesiástico y la Macarioteta, el Perfecto y la Sabiduría.

14,9. En el libro anterior, donde hemos descrito las doctrinas de los herejes, hemos expuesto de manera detallada, las pasiones y el extravío de esta Sabiduría y cómo según ellos, ha corrido el peligro de perecer a causa de su búsqueda del Padre; hemos expuesto la producción realizada fuera del pleroma, y de qué deficiencia, según ellos ha salido el Demiurgo; hemos hablado, en fin, de Cristo, del que dicen que ha nacido después de todos los demás Eones, y del Salvador, que pretenden que ha salido de Eones caídos en deficiencia. Es necesario recordar ahora esos nombres, para manifestar lo absurdo de sus mentiras y la inconsistencia de los vocablos inventados por ellos. Por otra parte perjudican a sus Eones por medio de estos calificativos: los paganos dan al menos nombres verosímiles y creíbles a sus doce dioses, en los que los valentinianos quieren ver las imágenes de doce Eones, de suerte que esas imágenes poseen nombres mucho más correctos y más aptos, por su etimología, para designar a la divinidad.

3. La Estructura del Pleroma (15-16)

a) *La pregunta es: ¿Por qué una estructura así?*

15,1. Mas volvamos a la cuestión de las emisiones. Ante todo quenos digan cuál es la causa de esa emisión de Eones, sin apelar a los seres de la creación. Porque, según ellos, los Eones no han sido hechos a causa de la creación, sino al revés la creación ha sido realizada a causa de ellos; ellos no son imágenes de las cosas de aquí abajo, sino las cosas de aquí abajo son sus imágenes. Dan la razón de esas imágenes diciendo por ejemplo: que el mes tiene 30 días, a causa de los treinta Eones del Pleroma, que el día tiene doce horas y el año doce meses, a causa de la Dodécada, y así sucesivamente. Por tanto que nos digan ahora por qué esa emisión de Eones ha sido hecha sí; por qué ha sido emitida la Ogdóada como el origen de todas las cosas, y no una Pentodo, o una Tríada, o una Hebdomada, o un grupo compuesto de otra cantidad; por qué del Verbo y de la Vida han sido emitidos diez Eones, ni uno más ni uno menos; por qué también del Hombre y de la Iglesia han salido doce Eones, cuando podían haber salido más o menos.

15,2. Por qué el Pleroma todo entero se divide en Ogdóada, Década y Dodécada y no según otros números, que no sean éstos; por qué en fin se hace la división en grupos de tres, mejor que en grupos de cuatro, de seis, o de cualquier otro número. Y que nos digan todo ello sin apelar a los números que se encuentran en la creación. Porque, según su opinión, las realidades de arriba son más antiguas que éstas de abajo, deben tener por tanto su propia causa explicativa, anterior a la creación y no según esta creación.

b) *La respuesta imposible 15,3-16,4)*

15,3. Nosotros, que nos limitamos a exponer la causa de los seres de la creación, hablamos de cosas coherentes, porque en los seres creados un orden determinado corresponde a otro orden determinado; mas ellos, no pudiendo aducir la causa propia de las

realidades que son anteriores y perfectas por sí mismas, deben caer necesariamente en una gran confusión. Porque aquellas mismas cuestiones, que, como a unos ignorantes, nos proponen sobre la creación, nosotros les planteamos a propósito del Pleroma: Y así, ora hablan de afectos humanos, ora discurren sobre el orden maravilloso de la creación, respondiendo no a las cuestiones que les proponemos, sino a las que ellos nos proponen.

Porque nosotros no les preguntamos sobre el orden maravilloso de la creación ni sobre los afectos humanos, sino que les interrogamos porque su Pleroma, a cuya imagen, según ellos ha sido hecha la creación se descompone en grupos de ocho, diez y doce Eones.

Deberán reconocer entonces que ha sido por casualidad y sin consideración tal como su Padre ha hecho un Pleroma de una estructura semejante y así infligirán a su Padre una mancha, porque habrá obrado él de una manera irrazonable. O bien dirán que el Pleroma ha sido emitido según la Providencia del Padre a causa de la creación, a fin de que sea ésta ordenada con armonía; pero en ese caso el Pleroma no habrá sido hecho por sí mismo, sino por la imagen que deberá ser hecha a semejanza de ese Pleroma —tal como la maqueta de barro no ha sido modelada por ella misma, sino por una estatua que será hecha de bronce, de oro o de plata— y la creación será más digna de honor que el Pleroma, si es por ella por la que han sido emitidos los Eones.

16,1. Si rechazan todo esto, convencidos por nosotros de que no pueden justificar la manera en que ha sido emitido su Pleroma, se verán obligados a reconocer, por encima del Pleroma, una realidad más espiritual y más soberana, según la cual habrá sido formado ese Pleroma. Porque si el Demiurgo no ha dado de sí mismo a la creación tal forma determinada, sino que ha realizado esta creación según el modelo de las realidades de arriba, su Abismo, ¿cómo ha sido obligado a hacer un Pleroma de tal forma determinada y de dónde ha recibido el modelo de las realidades que eran anteriores a él? Porque una de dos: o bien el pensa-

miento se detendrá en un Dios, que ha hecho el mundo por haber sacado de sí mismo, con total independencia, el modelo de la creación; o bien se separará de ese Dios y entonces será preciso buscar ininterrumpidamente de dónde el ser que está sobre él ha recibido la forma de la creación, cuál es el número de emisiones, y cuál es la naturaleza del modelo.

Si el Abismo ha podido realizar de sí mismo un Pleroma semejante, ¿por qué el Demiurgo no ha podido realizar de sí mismo también un mundo como éste? a la inversa, si la creación es imagen de las realidades de arriba ¿qué es lo que impide decir que esas realidades son a su vez imágenes de realidades más elevadas, y estas últimas de otras, y seguir así de imagen en imagen hasta el infinito?

16,2. Esta eventualidad tuvo lugar en el caso de Basírides: No habiendo alcanzado la verdad, y pensando esquivar la dificultad imaginándose una inmensa serie de seres derivados los unos de los otros, puso 365 cielos sucesivos, en que cada uno fue hecho a semejanza del anterior, y, tal como hemos dicho antes, la prueba está en el número de días del año; sobre estos 365 cielos se imaginó el Poder llamado el Innombrable y la obra elaborada por él. Ni así esquivaba la dificultad. Porque si se le pregunta de dónde llega al cielo superior, del que han salido sucesivamente todos los demás cielos, como representación de su ficción, responderá que de la obra elabora por el Innombrable.

Mas entonces una de dos: o bien dirá que este Innombrable ha elaborado esta obra de sí mismo; o bien deberá reconocer sobre el Innombrable a otro Poder aún mayor, del que el Innombrable habrá recibido tan gran modelo de las cosas hechas de esa manera por él.

16,3. ¿No será más seguro y expeditivo confesar inmediatamente desde el principio lo que es verdadero, a saber, que el Dios que ha hecho el mundo es el único Dios, que no hay otro Dios sobre Él, y que este Dios no ha recibido más que de sí mismo el modelo y la forma de las cosas que ha hecho? Tanto rodeo impío ¿no servirá

acaso para causar y obligar finalmente a fijar el espíritu en un Dios único y a reconocer que de él proviene el modelo de la creación?

16,4. En efecto, lo mismo que los valentinianos nos reprochan: de que estamos en una Hebdomada inferior, que no elevamos nuestras mentes hacia lo alto, que no saboreamos las cosas de arriba^a —porque no aceptamos las cosas prodigiosas que ellos nos cuentan— ese mismo reproche harán los discípulos de Basílides a los valentinianos. Estos, dirán los de Basílides, se revuelcan todavía en las cosas de aquí abajo, porque se quedan en la primera y segunda Ogdóada, y porque se imaginan estúpidamente haber hallado ya después de los treinta Eones, al Padre, que está sobre todas las cosas, en lugar de elevarse con ellos, por medio de la búsqueda del espíritu, hasta alcanzar el Pleroma, que domina los 365 cielos, es decir, más de 45 Ogdóadas. También a los de Basílides podrá alguien hacer justamente el mismo reproche, inventando 4.380 cielos o Eones, porque los días del año tienen este número de horas. Y, si añade todavía a esta cantidad el número de horas de la noche, doblará el total: ¡qué gran cantidad de Ogdóadas, qué producción tan inconmensurable de Eones no se imaginará haber encontrado contra el Padre que está por encima de todo!

Considerándose como lo más perfecto, entre todos los seres, este hombre reprochará a todos de ser incapaces: de elevarse hasta alcanzar la multitud de cielos y eones enunciados por él y, a falta de virtud, de mantenerse en lo que está abajo o a media altura.

4. Distintas maneras de emisión (17,1-11)

a) Tres maneras posibles de emisión. (17,1-2)

17,1. Tales son las contradicciones y dificultades que podemos hacer valer contra la producción de su Pleroma, y más particularmente contra la de su primera Ogdóada.

Nos es necesario ahora proseguir y, a causa de su locura, dedicarnos también nosotros a la investigación de lo que no existe, tarea por otra parte necesaria, porque se nos ha confiado el cuidado —a nosotros, que lo deseamos también— de que todos los hombres lleguen al conocimiento de la verdad^a, y, porque también tú desees recibir de nosotros todos los medios posibles para refutar a los herejes.

17,2. Se trata por tanto de saber cómo han sido emitidos los demás Eones: ¿Quedan unidos al que los ha emitido como los rayos que emanan del Sol? ¿O más bien quedan separados y diferenciados de él, existiendo cada uno aparte y poseyendo su configuración propia, como cuando un hombre proviene de otro hombre y un animal de otro animal? ¿O han brotado como brotan las ramas de un árbol? ¿Son de la misma substancia que los que los han emitido o de otra diferente? ¿Han sido emitidos a la vez, de tal manera que sean de la misma edad, o, siguiendo un orden determinado, unos son de mayor edad y otros más jóvenes? ¿O, en fin, son acaso simples, homogéneos e iguales y semejantes a sí mismos por todas partes, a la manera de los espíritus y las luces, o son compuestos, diversos, y constituidos de miembros desemejantes?

b) Primera manera de emisión: Como un hombre que proviene de otro hombre (17,3-5)

17,3. Mas si alguno de ellos ha sido emitido de manera eficaz y según la manera de nacer propia de los hombres, una de dos: o bien los Eones engendrados por el Padre serán de la misma substancia que Él, y semejantes a su engendrador; o bien, si son diferentes, será preciso reconocer que provienen de otra substancia. Si los Eones, engendrados por el Padre, son semejantes a Él, seguirán tan impasibles como el que los ha emitido; si, al contrario, han salido de otra substancia, capaz de pasiones, ¿de dónde

ha podido venir esa substancia diferente al seno del Pleroma de incorruptibilidad? Más aún, según esta hipótesis, los Eones se conocen como existiendo separadamente los unos de los otros, de la misma manera que los hombres: no unidos ni mezclados los unos con los otros, sino al contrario con una configuración peculiar, circunscritos y delimitados por sus dimensiones respectivas: cualidades que son propias del cuerpo, no del espíritu. En ese caso, que cesen de llamar espiritual a su Pleroma y espirituales a sí mismos si es que sus Eones, a imitación de los hombres, se sientan a comer junto al Padre que posee unos rasgos tan bien definidos, que pueden ser descubiertos por los Eones emitidos por Él.

17,4. Se dirá quizás que así como las luces toman su luz de otra luz —y las antorchas se encienden con una antorcha— así los Eones nacen del Verbo, el Verbo del Entendimiento y el Entendimiento del Abismo (Bytho). En ese caso es posible que los Eones se diferencien entre sí por su nacimiento y su magnitud: pero como son de la misma substancia que el Autor de su emisión, una de dos, o bien están todos exentos de pasión, o bien su Padre estará también dominado por las pasiones. Porque la antorcha encendida en segundo lugar no tiene una luz diferente de aquella que brillaba en primer lugar.

Por eso todas sus luces reunidas forman como una unidad original, porque dan una sola luz que existía ya desde el principio. En cambio ni en la misma luz es posible distinguir lo nuevo de lo viejo —porque toda la luz forma una sola luz— ni en las antorchas mismas, que han recibido esa luz —puesto que según la substancia de su materia, tienen la misma antigüedad; y porque las antorchas son de una sola y misma materia—, sino solamente según el orden de encendido, porque la una ha sido encendida poco ha y la otra ahora mismo.

17,5. Entonces una de dos: o bien la deficiencia de la pasión, que depende de la ignorancia, afectará de manera parecida al Pleroma entero, puesto que los Eones son todos de la misma subs-

tancia y su Pro-Padre estará en la deficiencia de la ignorancia, esto es, ignorándose a sí mismo; o bien, todas las luces que están en el Pleroma permanecerán impasibles por igual. En efecto ¿de dónde provendrá la pasión del Eón más joven, si es verdad que es la luz del Padre de donde proceden todas las luces y esta luz es naturalmente impasible? Mas ¿cómo se puede hablar de un Eón más joven o más viejo?, cuando es la misma la luz de todo el Pleroma? Y, aunque alguien llame estrellas a estos Eones, no por ello aparecerán todos participando menos de la misma naturaleza. Porque si «una estrella difiere de otra en claridad^a», no difiere en cambio ni por su cualidad ni por su substancia, en razón de las cuales una cosa es pasible o impasible: entonces, o bien todos los Eones, del hecho de que proceden de la luz del Padre, deben ser naturalmente impasibles e inmutables; o bien todos estos Eones juntamente con la luz del Padre son pasibles y sujetos a los cambios de la corrupción.

c) Segunda manera de emisión: como las ramas que produce el árbol

17,6. El mismo razonamiento vale igualmente, si dicen que los Eones han sido emitidos del Verbo de la misma manera que las ramas que brotan de los árboles, en tanto que el Verbo ha sido engendrado por el Padre: En efecto, así son todos de la misma substancia que el Padre, y, difiere entre sí según su magnitud no según su naturaleza, y completan la grandeza del Padre como los dedos completan la mano. Entonces si el Padre está en la pasión y la ignorancia, los Eones que han tenido en Él su origen, lo estarán también con toda seguridad. Mas si es cosa impía atribuir la ignorancia y la pasión al Padre de todas las cosas ¿cómo pueden decir que ha emitido Él a un Eón pasible? Y cuando atribuyen esta impiedad a la Sabiduría misma de Dios ¿cómo pueden declararse a sí mismos hombres religiosos?

d) *Tercera manera de emisión: como los rayos que emanan del Sol (17,7-8)*

17,7. Si dicen que los Eones han sido emitidos como los rayos que emanan del Sol, como todos son de la misma substancia y provienen del mismo principio, o bien estarán todos sujetos a la pasión, juntamente con aquél que los ha emitido, o bien seguirán todos impasibles. Porque de una emisión como ésta no pueden originarse dos tipos de Eones: unos impasibles, otros pasibles. Por tanto si dicen que todos son imposibles, desharán ellos mismos su tesis: porque ¿cómo pudo padecer el Eón más joven, si eran todos impasibles? Si dicen en cambio que todos los Eones han participado de esa pasión —como tienen el atrevimiento de decirlo algunos, que la hacen comenzar en el Verbo para acabar en la Sabiduría —poniendo la pasión en el Verbo, que es idéntico al Entendimiento del Pro-Padre, confiesan que el Entendimiento del Pro-Padre y el Pro-Padre mismo han estado en la pasión. Porque el Padre de todas las cosas no es como un viviente compuesto de partes carente de Entendimiento, tal como hemos manifestado más arriba, sino que el Entendimiento es idéntico al Padre y el Padre idéntico al Entendimiento. Es necesario por tanto que el Verbo, que procede del Entendimiento y más aún el Entendimiento mismo, que es idéntico al Verbo, sean perfectos e impasibles; y todos los Eones emitidos por el Verbo, siendo de su misma substancia, siguen siendo necesariamente perfectos, impasibles y semejantes siempre a Aquél que los ha emitido.

17,8. Por tanto es falso que el Verbo haya ignorado al Padre, como si tuviera el tercer puesto en la línea de la generación, como enseñan estos herejes: esto quizás podrá parecer verosímil en el caso de la generación de los hombres, porque éstos ignoran a menudo a sus padres; pero en el caso del Verbo del Padre es totalmente imposible. En efecto, si el Verbo está en el Padre y posee el conocimiento, no ignora a Aquél en quien está y con quien se identifica, es decir, no se ignora a sí mismo; y los Eones emitidos

por él, siendo sus Poderes continuamente a su lado, no ignoran a Aquél que los ha emitido, como ni los rayos al Sol.

Por tanto no es posible que la Sabiduría de Dios, que se aloja en el interior del Pleroma, viniendo de una emisión de esta suerte, haya caído en la pasión y haya concebido una ignorancia semejante. Pero es muy posible que la sabiduría de Valentín, que proviene de una emisión diabólica, caiga en toda clase de pasiones y fructifique en un abismo de ignorancia. Porque cuando ellos dan testimonio acerca de su Madre, diciendo que ella es producto del parto del Eón caído en error, ya no es preciso buscar la causa por la que los hijos de tal Madre navegan sin interrupción en el «abismo» de la ignorancia.

e) Conclusión

17,9. Fuera de estas tres clases de emisiones yo no veo que pueda enumerarse ninguna otra. De hecho no nos ha presentado, que sepamos, jamás a ninguna otra clase de emisión, aunque les hayamos interrogado al respecto reiteradamente acerca de las diversas clases de emisión: Todo lo que ellos dicen es que alguno de estos Eones, que ha sido emitido, ha conocido solamente a Aquél que le ha emitido, ignorando en cambio al anterior. No pueden ir más lejos para explicar cómo se realiza esta emisión, o cómo se puede producir un fenómeno así entre los seres espirituales. Cualquier camino que tomen les alejará del sentido común, ciegos para la verdad hasta el punto de decir que el Verbo que procede del Entendimiento de su Pro-Padre ha sido emitido en la «deficiencia». Porque, según ellos, el Entendimiento perfecto, engendrado en primer lugar por el Abismo perfecto (Bytho), no ha podido emitir a su vez a un Eón perfecto, sino únicamente a un Eón ciego que desconoce la grandeza del Padre: Y el Salvador ha manifestado un símbolo de este misterio en el ciego de nacimiento^a, dando a entender de esta manera que un león había sido emi-

tido ciego por el Unigénito, o dicho de otra manera, en la ignorancia. He aquí cómo tachan falsamente de ignorante y ciego al Verbo de Dios que, según ellos, ha sido emitido en segundo lugar a partir del Pro-Padre. Sofistas sorprendentes que escudriñan las profundidades del Padre desconocido y enumeran los misterios supracelestes «en los que los ángeles están deseando ver con mirada penetrante»^b, ¡para descubrir que el Verbo, emitido por el Entendimiento del Padre, que está sobre todas las cosas, ha sido emitido ciego y desconoce al Padre, que los ha emitido!

17,10. ¿Cómo se explica, sofistas llenos de vanidad, que el Entendimiento del Padre —mejor el Padre mismo, idéntico a su Entendimiento y perfecto en todo— haya podido emitir a un Eón imperfecto y ciego, que resultó ser su propio Verbo, cuando podía haber emitido al mismo tiempo con él el conocimiento del Padre? ¿Por qué decís que el Cristo, nacido en cambio después de los demás Eones, ha sido emitido perfecto? Por tanto con mayor motivo su primogénito, el Verbo, habrá debido ser emitido perfecto por este mismo Entendimiento y no ciego; y este Verbo, a su vez, no habrá debido emitir de antemano los Eones más ciegos aún que él, hasta que vuestra Sabiduría ciega siempre, haya dado a luz tan gran cantidad de males. Y el responsable de todos estos males es vuestro Padre. Vosotros decís, en efecto, que la grandeza y el poder del Padre son las causas de la ignorancia: le comparáis al Abismo y dais precisamente este nombre al innombrable Padre. Mas si, como pretendéis, la ignorancia es el mal de donde se originan todos los demás males, al decir que ella tiene como causas la grandeza y el poder del Padre, hacéis al Padre, autor de estos males. En efecto la imposibilidad de ver su grandeza es lo que hace, según vosotros, que sea la causa del mal. Entonces una de dos: —o bien era imposible al Padre darse a conocer desde el principio a los Eones producidos por Él: y en ese caso estaba él libre de culpa, porque no podía librar de la ignorancia a los Eones venidos después de Él; —o bien ha podi-

do el Padre, a continuación, por una decisión de su voluntad, hacer desaparecer esa ignorancia, que había ido creciendo a medida que sucedían las emisiones y que se iba esparciendo en los Eones: y en ese caso, hubiera debido mucho antes, por una decisión de esa misma voluntad impedir la producción de esa ignorancia, mientras no existía todavía.

17,11. Por tanto puesto que, cuando ha querido, ha sido conocido no sólo de los Eones, sino también de los hombres nacidos en los últimos tiempos; porque si ha sido ignorado, ha sido porque no ha querido ser conocido desde el principio: según vosotros la causa de la ignorancia es la voluntad del Padre. Si él sabía en efecto lo que iba a suceder ¿por qué no ha evitado, antes de que se produjera, una ignorancia, que después como por penitencia ha sanado gracias a la emisión de Cristo? Este conocimiento, que se ha producido en los Eones por intermedio de Cristo, podía haberse producido mucho antes, por intermedio del Verbo, que era el primogénito del Unigénito. Mas si, conociendo de antemano, quiso que tuvieran lugar estas cosas, las obras de la ignorancia perdurarán por siempre y no pasarán jamás: porque, lo que ha sido hecho por voluntad de vuestro Pro-Padre, es preciso que persevere tanto como la voluntad de él; o si ello pasa con ello pasará también la voluntad del que ha querido su venida a la existencial Por otra parte ¿qué han aprendido los Eones para entrar en reposo y poseer el «conocimiento» perfecto, sino que el Padre es inasible e incomprensible? Ellos hubieran podido tener este «conocimiento» antes de caer bajo el dominio de las pasiones; la grandeza del Padre no hubiera disminuido, si los Eones hubieran sabido desde el principio que el Padre era inasible e incomprensible. Porque, si él era ignorado a causa de su inconmensurable grandeza, debía también por causa de su inmenso amor^a, conservar impasibles a los Eones nacidos de él: porque no había nada que lo impidiera, sino que era más útil que ellos conocieran desde el principio que el Padre era inasible e incomprensible.

5. La Sabiduría, la Enthymesis (Tendencia) y la Pasión (18,1-7)

18,1. De la misma manera ¿cómo no estará desprovista de sentido aquella afirmación que dice que la Sabiduría del Padre ha estado en la ignorancia, la deficiencia y la pasión? Estas cosas en efecto son extrañas y contrarias a la Sabiduría y no pueden afectarle. Porque allí donde están la inadvertencia y el desconocimiento de lo provechoso no puede estar la Sabiduría. Que cesen por tanto de llamar con el nombre de Sabiduría al Eón dominado por la pasión y que renuncien bien sea a este vocablo, bien sea a las pasiones en cuestión. Que no digan que el Pleroma es todo entero «espiritual» si este Eón, cuando era presa de tan grandes pasiones, ha podido permanecer dentro de él. Porque ni siquiera un alma valiente, por no decir una substancia espiritual, podría soportar estas pasiones.

18,2. Por lo demás ¿cómo la Enthymesis (tendencia) de este Eón ha podido salir de él con la pasión para llegar a ser un ser diferente? Porque una «tendencia» no se concibe más que con relación a otra cosa y no podrá tener existencia propia: una mala «tendencia es destruida y absorbida por una buena, de la misma manera que la enfermedad lo es por la salud. ¿Cuál fue en efecto la «tendencia» que precedió a la pasión? La búsqueda del Padre y la consideración de su grandeza. ¿Y por qué persuasión posterior fue curada la Sabiduría? Porque el Padre era incomprensible y no podía ser hallado. Por tanto no estaba bien que quisiera ella conocer al Padre y es de aquí de donde le vino la pasión; mas, cuando se persuadió que el Padre era inaccesible, fue ésta su curación.

El Entendimiento mismo, que buscaba al Padre, dejó, según ellos, de buscarle, cuando se dio cuenta que el Padre es incomprensible.

18,3. ¿Cómo por tanto la Enthymesis (tendencia) ha podido, una vez separada de la Sabiduría, concebir las pasiones que

eran también ellas sus afectos? Porque un afecto dice relación a alguien, él solo no puede subsistir ni constar separadamente. Por otra parte esta enseñanza de los herejes no sólo es inconsistente, sino que está en contra de la palabra de Nuestro Señor: «Buscad y hallaréis»^a. El Señor vuelve perfectos a sus discípulos haciéndoles buscar y encontrar al Padre; mas su Cristo de arriba, al prescribir a sus Eones no buscar al Padre, convenciéndoles que por mucho que se esfuercen no podrán encontrarle, los ha vuelto perfectos. Así los herejes se llaman a sí mismos perfectos por haber hallado a su Abismo; mas los Eones lo son por dejarse convencer de que Aquél que buscaban era inaccesible.

18,4. Si por tanto la Enthymesis (la tendencia) no ha podido existir separada del Eón de la Sabiduría; los herejes mienten más aún cuando hablan de la pasión de esa Enthymesis (tendencia) y la hacen un ser diferente, identificándola con la substancia material. ¡Como si Dios no fuera luz^a, y como si no estuviera con ellos el Verbo, capaz de acusarlos y destruir su maldad!

Porque todo lo que el Eón deseaba, lo sentía también como pasión, y todo lo que le apasionaba, lo deseaba también de la misma manera, y su Enthymesis no era para ellos otra cosa que la pasión de un ser que había proyectado comprender al incomprensible, y su pasión no era otra cosa que esa misma Enthymesis: porque deseaba lo imposible ¿cómo entonces ese afecto y esa pasión podían estar separados de la Enthymesis y hacerse una substancia material tan considerable, cuando la Enthymesis se identificaba con la pasión y la pasión con la Enthymesis?

Así por tanto ni la Enthymesis ha podido existir sola sin el Eón, ni los distintos afectos sin la Enthymesis pueden tener por sí substancia propia: el sistema de las herejes sobre este punto queda aclarado también.

b) *Un Eón pasible (18,5-7)*

18,5. Por otra parte ¿cómo un Eón ha podido disolverse y experimentar una pasión?

Era de la misma substancia del Pleroma y el Pleroma todo entero había salido del Padre. Un ser, establecido en lo que le es semejante, no se disuelve en la nada, ni corre el riesgo de perecer, sino más bien persevera y crece. Así como el fuego en el fuego, el espíritu en el espíritu y el agua en el agua; por el contrario, bajo la acción de sus contrarios, estos mismos seres padecen, se transforman y desaparecen. Y así, si el Eón en cuestión fuera una emisión de luz, no podría ni sufrir ni correr un peligro en el seno de una luz parecida, sino que debería por el contrario resplandecer más y acrecentarse como el día bajo la acción del Sol: porque dicen que el Abismo (Bytho) es la imagen de su Padre. Los animales, que son extraños los unos de los otros y de naturalezas contrarias, corren el riesgo de destruirse entre sí; mas los animales, habituados a convivir los unos con los otros de la misma raza, no corren ningún peligro por hallarse en el mismo lugar, sino que allí mismo encuentran su salud y su vida. Por tanto, si este Eón fuera de la misma substancia que el Pleroma entero, no podría sufrir alteración, porque se encontraría entre seres semejantes y familiares, espiritual en medio de seres espirituales. El temor, el pasmo, la pasión, la disolución y otras cosas de esta suerte pueden afectar a otros seres situados a nuestro nivel y corporales a consecuencia de la acción de sus contrarios; mas los seres espirituales y rodeados de luz no podrán ser atacados por calamidades de esta clase. En efecto los herejes tienen el aspecto de haber prestado a su Eón la pasión de ese amante fogoso y odioso, imaginado por el poeta cómico Menandro: porque los autores de esta ficción han tenido en su espíritu la imagen de un amante desgraciado, más que la de una substancia espiritual y divina.

18,6. Además, tener la idea de buscar al Padre perfecto, querer penetrar en él y comprenderle, no podía engendrar ni igno-

rancia ni pasión, sobre todo en un Eón espiritual, sino más bien la perfección, la impasibilidad y la verdad. Aquellos mismos que no son más que hombres cuando piensan en Aquél que está ante ellos, y comprenden ya a quien es perfecto y se ven establecidos en la «gnosis», no dicen encontrarse en la pasión y angustia, sino más bien en el conocimiento y comprensión de la verdad. Porque, según ellos, el Salvador ha dicho a sus discípulos: «Buscad y hallaréis»^a, para esto, para que busquen al Abismo inenarrable que ha sido forjado por su imaginación, superior al Creador de todas las cosas. Ellos se creen perfectos porque buscando han hallado al perfecto, aun estando en la tierra; mas dicen que aquel Eón que está situado dentro del Pleroma y que, siendo enteramente espiritual, busca al Pro-Padre, y, esforzándose por penetrar dentro de su grandeza, desea ardientemente comprender la verdad paterna, ha caído en la pasión, y tal pasión que, sin intervención del Poder que consolida todas las cosas, se hubiera disuelto en la substancia universal y hubiera sido aniquilado.

18,7. Loca pretensión, bien digna de hombres que han abandonado la verdad. Que este Eón sea más excelente y más antiguo que ellos lo reconocen también ellos mismos según su sistema, al proclamar ser ellos el fruto del alumbramiento de la Enthymesis del Eón caído en la pasión, si bien este último Eón es el padre de su Madre, o dicho de otro modo su abuelo. Así, para los nietos, la búsqueda del Padre produce la verdad, la perfección, la consolidación, liberación de la materia inconsistente, como ellos dicen, y reconciliación con el Padre. Para su abuelo en cambio esa misma búsqueda no ha sido más que ignorancia, pasión, estupor, temor y consternación, en una palabra, todo aquello, según ellos, de que se compone la substancia de la materia.

Así por tanto, buscar y escudriñar al Padre perfecto, desear la comunión y unión con él, será, según su doctrina, una fuente de salvación para ellos, mas una fuente de corrupción y muerte

para el Eón de que proceden, ¿cómo no ver aquí otra cosa que no sea incongruencia, necesidad y locura? Los que admiten tales doctrinas son realmente ciegos, que se dejan llevar de guías ciegos, y caen con toda seguridad^a en el abismo de la ignorancia que se abre bajo sus pies.

6. La simiente (19,1-7)

a) *El desconocimiento que tenía el Demiurgo de su simiente (chispa divina) (19,1-3)*

19,1. Vamos a ver ahora el valor que tiene su tratado sobre la simiente (chispa divina): Esta simiente fue ante todo concebida por la Madre a imagen de los ángeles que rodean al Salvador, sin forma ni figura e imperfecta, depositada después en el demiurgo, ignorándolo él, para que sembrada por Él en las almas, que provienen de él, reciba perfección y formación. Esto quiere decir, en primer lugar que los ángeles, que están en torno al Salvador, son imperfectos, sin forma ni figura, puesto que la simiente ha sido dada a luz después de haber sido concebida a su imagen.

19,2. Después, decir que el Demiurgo ha ignorado la deposición de la simiente hecha en él, así como la inseminación hecha por él en el hombre es un dicho vano y sin consistencia, totalmente imposible de probar. ¿Cómo podía él desconocer a su simiente, cuando poseía ésta su propia substancia y cualidad? Ciertamente que la ignoraría si careciera ésta de substancia y cualidades, y si fuera la nada.

Porque el que tiene una actividad y una cualidad propias, sea de calor sea de rapidez, sea de dulzura, o una diferencia de claridad no latente a los hombres, aunque no sean más que hombres; con más razón no quedará esto latente al Dios creador de este

mundo. Con justo motivo por tanto no se conoce su simiente porque se halla sin la cualidad que le haría apta para todo y sin la substancia que le permitiría cualquier actividad, en una palabra, porque es la pura nada.

Me parece que por ese motivo dijo también Nuestro Señor: «De toda palabra ociosa que dijeren los hombres, tendrán que rendir cuentas el día del juicio^a». Personas así, que han lanzado palabras vanas a los oídos de los hombres, comparecerán todas al juicio para rendir cuentas de sus vanas elucubraciones y de sus mentiras contra Dios. Han llegado al extremo de pretender que ellas mismas conocen el Pleroma espiritual gracias a la substancia de la simiente, por el hecho de que el hombre interior^b les muestra al verdadero Padre: porque son necesarias para el elemento psíquico enseñanzas sensibles (que entren por los sentidos); en cuanto al Demiurgo, que ha recibido en sí la totalidad de la simiente depositada por la Madre, ha quedado, dicen, en la más completa ignorancia y no ha percibido nada de las realidades del Pleroma.

19,3. Así esas personas serán espirituales, porque una partícula del Padre de todas las cosas habrá sido depositada en su alma, mientras que sus almas serán tal como ellos dicen, de la misma substancia del Demiurgo; en cuanto al Demiurgo hay que decir que, aunque ha recibido de la Madre la totalidad de la simiente y la ha conservado en sí, se ha mantenido psíquico y no ha percibido absolutamente nada de las realidades de arriba, que estos herejes, estando aún en la tierra, se vanaglorían de conocer: ¿No es esto el colmo del absurdo? Creer que la simiente ha proporcionado a sus almas el conocimiento y la perfección, y pensar en cambio que no ha dado nada más que ignorancia al Dios, que los ha creado, es propio de personas insensatas y totalmente carentes de razón.

b) El crecimiento de la simiente (19,4-7)

19,4. Es totalmente inconsistente también la afirmación, según la cual, en esta deposición de la simiente, es ésta formada, crece y queda preparada para recibir al Verbo perfecto. Porque, en ese caso, la mezcla de esta simiente con la materia —cuya substancia, aseguran ellos, proviene de la ignorancia y la deficiencia— será más útil para la simiente que lo fue su luz paterna: porque la visión de ésta fue causa de una producción sin forma ni figura, en tanto que, de la mezcla con la materia, la simiente recibe su forma, su figura, su crecimiento y su perfección. Si, en efecto, la luz venida del Pleroma ha sido la causa de que el elemento espiritual no tenga ni forma ni figura, ni grandeza propia, y si en cambio el descenso de aquel elemento a este bajo mundo le ha proporcionado todo eso y le ha llevado a la perfección, la estancia en este mundo —que llaman «tinieblas»— le será mucho más útil, de lo que fue su luz paterna. ¿No es ridículo decir, por una parte, que su Madre estaba en peligro dentro de la materia, hasta el punto de hallarse casi ahogada y poco menos que corrompida, si no se hubiera dirigido precisamente en ese momento hacia lo alto y no hubiese saltado fuera (de la materia) con la ayuda del Padre; y, por otra parte, decir que la simiente de la Madre, dentro de esa misma materia, se crece, se forma, y se hace apta para recibir al Verbo perfecto, y esto, moviéndose dentro de elementos desemejantes y extraños a su naturaleza, puesto que, como ellos dicen, lo terreno se opone a lo espiritual y lo espiritual a lo terreno? Por consiguiente ¿cómo en esos elementos opuestos y extraños, la simiente, después de haber sido emitida pequeña, como dicen, puede crecer, ser formada y llegar a la perfección?

19,5. A lo dicho se puede aún agregar lo siguiente: ¿Es de golpe o en veces como su Madre ha dado a luz a su simiente, cuando ha visto a los ángeles? Si es en el mismo momento y de golpe, podrá ser de la edad de un niño pequeño; será superfluo por tanto su descenso a los hombres existentes actualmente. Si

por el contrario es en veces, la concepción no podrá ser tampoco según la imagen de los ángeles vistos por la Madre: porque, como es en el mismo momento y una sola vez el ser y concebir, debía también ella colocar de la misma manera en este mundo las imágenes así concebidas.

19,6. ¿A quién se debe que, viendo al mismo tiempo a los ángeles y al Salvador haya concebido las imágenes de los ángeles y no del Salvador, cuando éste aventaja a aquellos en belleza?

¿Fue acaso porque no le agradó éste por lo que no concibió de él? ¿Cómo se explica que el Demiurgo, a quien ellos llaman psíquico, y que, según ellos, tiene su propia grandeza y forma, haya sido emitido perfecto según su naturaleza; y en cambio el elemento espiritual, que debe realizar obras de mayor nivel que el psíquico, haya sido emitido imperfecto, siéndole necesario: descender a un elemento psíquico para su formación, y, hecho perfecto, disponerse después a recibir al Verbo perfecto? Por tanto, si se forma en los hombres terrenos y psíquicos, ya no quedará a semejanza de los ángeles, que llaman luces, sino a semejanza de los hombres de aquí abajo. Porque tendrá el parecido y la forma, no de los ángeles, sino de las almas en que se forma, tal como el agua vertida en un vaso tendrá la forma de ese vaso, y, si llega a helarse allí, tomará los dibujos del vaso donde se ha helado. Y así las almas poseen la forma e sus cuerpos: ya que se han adaptado al recipiente tal como venimos diciendo. Si por tanto la simiente se hace consistente y se forma aquí abajo, tomará la forma de un hombre, no la de los ángeles. ¿Cómo podrá tener la imagen de los ángeles, cuando ha sido formada a semejanza de los hombres? ¿Por qué, cuando era espiritual, tuvo necesidad de descender a la carne?

Porque es la carne, si quiere salvarse, la que tiene necesidad del elemento espiritual para ser santificada y glorificada en él y para que lo mortal sea absorbido por la inmortalidad"; en cambio

el elemento espiritual no tiene ninguna necesidad de las cosas de aquí abajo, porque no somos nosotros a él, sino él a nosotros el que nos hace mejores.

19,7. La falsedad de su doctrina sobre la simiente se manifiesta con mayor evidencia todavía, como lo puede ver todo el mundo, en la afirmación de que las almas que había recibido de la Madre la simiente eran mejores que las demás y, por este motivo, eran honradas por el Demiurgo y destinadas por él para ser príncipes, reyes y sacerdotes. En efecto, si esto fuera verdad, el sumo sacerdote Caifás hubiera sido el primero en creer al Señor y con él Anás, los demás sumos sacerdotes, los doctores de la ley y los jefes del pueblo, porque eran familiares de la Madre, y antes que ellos también el rey Herodes. En efecto, ni éste, ni los sumos sacerdotes, ni los jefes, ni los notables del pueblo acudieron al Señor, sino, por el contrario, los mendigos sentados a la vera de los caminos, los sordos, los ciegos y los que eran pisoteados y menospreciados por los demás hombres, tal como dice Pablo: «Considerad vuestra vocación, hermanos, porque no hay muchos sabios entre vosotros, ni muchos nobles, ni muchos poderosos, mas Dios eligió lo despreciable del mundo^m». Las almas en cuestión no eran por tanto mejores a causa de la simiente, depositada en ellas, ni eran honradas por el Demiurgo por este motivo.

7. Conclusión (19,8-9)

19,8. Lo dicho es suficiente para demostrar cuán frágil e inconsistente y vana es la doctrina de los herejes. Porque, como se suele decir, no es preciso beber todo el mar para saber que su agua es salada. Mas de la misma manera que una estatua de barro es coloreada por fuera para que parezca de oro, siendo de barro: y será suficiente después quitar un trocito cualquiera para hacer aparecer el barro y liberar de una falsa opinión a los que buscan

la verdad; así hemos procedido también nosotros: primero hemos refutado, no una parte mínima, sino los puntos principales de su doctrina; hemos hecho aparecer después, según el propósito de todos los que no desean ser engañados a sabiendas, lo que hay de perverso, de pérfido, de falso y de pernicioso en la escuela de los discípulos de Valentín y entre todos los demás herejes, que blasfeman del Creador y del Autor de este mundo, el único Dios: Hemos mostrado todo ello, manifestando el carácter inconsistente de su camino.

19,9. ¿Qué hombre sensato, por pocas verdades que alcance a conocer, podrá soportar a los que dicen que sobre el Dios Creador existe otro Padre; que uno es el Unigénito, otro el Verbo de Dios, emitido en la «deficiencia», uno el Cristo, nacido después de todos los demás Eones juntamente con el Espíritu Santo, y otro en fin el Salvador, del que dicen que no ha nacido del Padre de todas las cosas, sino que proviene de la aportación común de los Eones caídos en la deficiencia y que ha debido ser emitido a causa de esa deficiencia? De esta manera, a menos que los Eones no hubieran caído en la ignorancia y la deficiencia, ni el Cristo hubiera sido, según ellos, emitido, ni el Espíritu Santo, ni el Límite (Horo), ni el Salvador, ni los ángeles, ni su Madre, ni la simiente de ésta, ni el resto de la Creación: todas las cosas hubieran quedado desprovistas de tan grandes bienes. Su impiedad por tanto no va solamente contra el Creador, llamado por ellos «fruto de una falta»; sino también contra Cristo, y contra el Espíritu Santo, del que dicen que ha sido emitido a causa de la misma falta y contra el Salvador emitido igualmente después de la falta. Porque ¿quién soportará el resto de su lenguaje frívolo, que ellos han tratado astutamente de acomodar a las parábolas, para precipitarse a sí mismos y a los que se fían de ellos en el colmo de la impiedad?

TERCERA PARTE

REFUTACIÓN DE LAS ESPECULACIONES
VALENTINIANAS SOBRE LOS NÚMEROS (20-28)**1. Las exégesis de Ptolomeo (20-23)***a) Tres muestras (20,1)*

20,1. Mostramos por tanto que es una cosa irracional y sin fundamento alguno el hecho de que ellos quieran apoyar sus invenciones en parábolas y acciones del Señor. En efecto ellos tratan de probar que aquella pasión, que dicen haber acaecido en el Eón duodécimo, tiene su fundamento en el hecho de que la Pasión del Salvador ha sido causada por el duodécimo Apóstol y ha tenido lugar en el duodécimo mes: porque afirman que el Salvador ha predicado solamente durante un año después de su bautismo. Dicen que esto mismo quedó manifiesto en aquella mujer que sufría flujo de sangre, porque ella estuvo padeciendo flujo durante doce años y, tan pronto como tocó la orla del vestido del Salvador, quedó curada, gracias al Poder que emanaba del Salvador y que, según ellos, preexistía en él. Porque aquel Poder que sucumbió en la Pasión se extendía y se derramaba en el infinito, al punto de correr el riesgo de disolverse en la substancia universal, cuando, al tocar la primera Tétrada, designada por la orla del vestido, se detuvo y se libró de la pasión.

b) Defección del duodécimo apóstol (20,2-21,2)

20,2. Por tanto quieren ellos que la pasión del Eón duodécimo sea representado por Judas. Mas, respondemos nosotros, ¿cómo pueden hacerle semejante a Judas, que ha sido apartado del número doce y no ha sido restablecido en su lugar? Porque el Eón, supuestamente representado por Judas, una vez que ha sido separada de él su Enthymesis, ha sido restablecido en su lugar; Judas en cambio ha sido rechazado y expulsado, y ha sido Matí-

as establecido en su lugar, tal como está escrito: «Y que otro reciba su cargo»^a. Por tanto hubieran debido decir que el duodécimo Eón ha sido expulsado del Pleroma y ha sido emitido otro para reemplazarle, si es verdad que este Eón ha sido representado por Judas. Por lo demás sabemos, por confesión suya, que es el Eón mismo el que ha sufrido la Pasión, en tanto que Judas ha sido el traidor: En efecto, reconocen ellos mismos que es Cristo y no Judas el que ha sufrido la Pasión. Por tanto, ¿cómo Judas, que fue el traidor de Aquél que sufrió la Pasión por nuestra salvación, pudo ser la figura e imagen del Eón que padeció?

20,3. Por otra parte la Pasión de Cristo ni es semejante ni comparable a la pasión del Eón. Porque el Eón ha sufrido una pasión de destrucción y de perdición, de tal manera que el que así sufría corría el peligro de corromperse; Nuestro Señor Cristo en cambio ha sufrido una Pasión saludable y que no mata, en la que él, no sólo no ha tenido peligro de corromperse, sino que ha fortalecido con su fortaleza al hombre corrompido y le ha vuelto a llamar a la incorruptibilidad. El Eón ha sufrido la pasión buscando al Padre y no siendo capaz de encontrarle; el Señor en cambio ha sufrido para llevar al conocimiento y proximidad del Padre a los que se había alejado lejos de él. Para el Eón la búsqueda de la grandeza del Padre fue causa de una pasión de perdición; para nosotros, por el contrario, la Pasión del Señor, proporcionándonos el conocimiento del Padre, fue el origen, de nuestra salvación.

La pasión del Eón ha producido un fruto femenino, según dicen, débil, enfermizo, informe e incapaz de obrar; en cambio la Pasión del Señor ha producido fortaleza y virtud: porque el Señor «subiendo a lo alto, por medio de su Pasión» llevó consigo una multitud de cautivos y otorgó dones a los hombres»^a; y los que creen en él «poder de pisar serpientes y escorpiones y todo el poder del enemigo»^b, es decir, ha mostrado la verdad y ha dado

20,2 (a) Hech. 1,20. Ps. 108,8.

20,3 (a) Ef. 4,8. Ps. 67,19; (b) Luc. 10,19.

la incorruptibilidad: Su Eón, por el contrario, por medio de su pasión, ha hecho aparecer la ignorancia, ha originado en el mundo una substancia informe de la que, según ellos, han nacido todas las obras materiales, la muerte, la corrupción el error y cosas semejantes.

20,4. Así ni Judas, el duodécimo discípulo, ni la Pasión misma de Nuestro Señor pueden ser la figura del Eón que padeció, porque no hay más que contrastes y divergencias por una y otra parte, tal como acabamos de demostrar.

He aquí que hay también una divergencia de parte del número mismo. Están todos de acuerdo en que Judas el traidor es el duodécimo apóstol, porque el Evangelio da los nombres de doce apóstoles; en tanto que el Eón de que se trata no es el duodécimo, sino el trigésimo: porque no han sido solamente doce los eones emitidos por voluntad del Padre, y el Eón, de que hablamos, no ha sido emitido en duodécimo lugar, puesto que aseguran que ha sido emitido en trigésimo lugar. Por tanto ¿cómo Judas, que ocupa el puesto duodécimo, puede ser figura e imagen de un Eón, que ocupa el trigésimo lugar?

20,5. Si dicen que Judas, que se pierde, es la imagen de la Enthymesis (tendencia) de ese Eón, ni entonces corresponderá la imagen a la realidad que quiere representar.

En efecto, esa Enthymesis, separada del Eón, y formada después por Cristo y desde ese momento hecha sabia por el Salvador; después de haber realizado todo lo que hay fuera del Pleroma a imagen de las realidades del Pleroma, debe al fin ser introducida de nuevo en el Pleroma y ser unida como pareja al Salvador, nacido de todos los Eones. Judas en cambio, una vez rechazado, no vuelve más a ser contado en el número de los discípulos: de otra manera ningún otro sería nombrado en su lugar. El Señor por otra parte ha dicho de él: «Ay de aquel hombre por quien el Hijo del hombre va a ser entregado! y ¡mejor le hubiera sido no haber nacido!^a. Y fue llamado también por él: «El hijo de la perdición»^b.

Mas si dicen que Judas es figura, no de la Enthymesis separada del Eón, sino de la pasión unida a esa Enthymesis, tampoco entonces el número dos podrá ser la figura del número tres. Porque aquí es rechazado Judas y puesto Matías en su lugar; en cambio allí se dice que el Eón lo mismo que la Enthymesis y la pasión corren peligro de disolverse y perecer —porque ellos confieren la Enthymesis y a la pasión una existencia separada: El Eón, según ellos, ha sido restablecido, la Enthymesis ha sido formada, en tanto que la pasión, separada del uno de la otra, constituye la materia—. Siendo por tanto tres las cosas: El Eón, la Enthymesis y la pasión; Judas y Matías, que no hacen más que un grupo de dos, no pueden ser sus figuras.

21,1. Mas si dicen que los doce apóstoles son únicamente figuras de los doce Eones emitidos por el Hombre y la Iglesia, deberán ponernos otros diez apóstoles como figuras de los diez Eones emitidos por el Verbo y la Vida. Porque será absurdo que el Salvador por medio de la elección de sus apóstoles haya manifestado a los Eones más jóvenes, es decir a los menos nobles, y en cambio no haya manifestado primero a los Eones más antiguos y por tanto más excelentes. Porque el Salvador podía —si es que eligió a los apóstoles para manifestar por medio de ellos a los Eones que están dentro del Pleroma— elegir también a otros diez apóstoles, y antes que a éstos a otros ocho, para indicar a la principal y primera Ogdóada, por medio de los apóstoles tomados como figuras. Sabemos ciertamente que Nuestro Señor, después de los doce apóstoles, envió delante de sí a otros setenta discípulos *: mas estos setenta no pueden ser figuras ni de la Ogdóada, ni de la Década, ni de la Triacóntada. Por tanto ¿por qué los Eones inferiores, como hemos dicho, han sido manifestados por los apóstoles, en tanto que los Eones superiores, de que proceden los otros, no han sido figurados para nada? Y si los doce apóstoles han sido elegidos para dar a entender el número de doce Eones, los setenta discípulos han debido ser elegidos tam-

bién ellos para ser figuras de setenta Eones: en ese caso que no hablen más de treinta, sino de ochenta y dos Eones. Porque aquel que hace la elección de los apóstoles, para que sean figuras de los Eones del Pleroma, jamás escogería a unos y excluiría a los otros, sino que por medio de todos los apóstoles trataría de presentar una imagen y una figura de los Eones del Pleroma.

21,2. Nosotros no podemos silenciar más a Pablo, sino que debemos exigir como figura de qué Eón nos ha sido presentado el Apóstol. Quizás sea del Salvador, producto de su composición, formado de la aportación de todos los Eones, y que ellos llaman el Todo, porque proviene de todos (los Eones). Es el que el poeta Hesíodo llamó expresamente con el nombre de «Pandora»^a porque un don excelente, salido de todos los Eones, se ha juntado en él. Se ha dicho a propósito de los herejes esta frase: Hermes ha depositado en ellos palabras fraudulentas y un corazón artificioso^b, para que reduzcan a los necios y se dé crédito a sus invenciones. Porque su Madre, es decir, Leto les ha inducido secretamente —de aquí que se llamara Leto, según el significado griego de la palabra— sin el conocimiento del Demiurgo, a anunciar los profundos e inenarrables misterios a los que tienen la comezón en las orejas^c. Y su Madre no sólo ha hecho expresar el misterio por medio de Hesíodo, sino que lo ha hecho también —de una manera muy sutil, para que no se diera cuenta el Demiurgo— en los poemas líricos de Píndaro en el episodio de Pélope, cuya carne cortada en trozos por su padre, fue después recogida, reunida y pegada de nuevo por todos los dioses, constituyendo así una figura de «Pandora». Aguijoneados también los herejes por la Madre, no hacen más que repetir los dichos de los poetas: y son de la misma raza y del mismo espíritu que ellos.

22,1. Por lo demás, su número de treinta Eones se destruye enteramente, como lo hemos demostrado ya, puesto que, según ellos, en el Pleroma hay un número ya mayor ya menor de Eones.

21,2 (a) Hesíode, Trabajos, 81; (b) Hesíode, ibid. 784; (c) II Tim. 4,3.

No existen por tanto treinta Eones y, si el Salvador ha venido a bautizarse a la edad de treinta años, no ha sido para revelarnos sus treinta Eones rodeados de silencio: sino que es el Salvador mismo, al que los herejes habrán de separar en primer lugar y expulsar del Pleroma de Eones.

c) *La Pasión del Señor supuestamente realizada el duodécimo mes (22,1-6)*

Por otra parte dicen que el Señor ha sufrido la pasión el duodécimo mes de suerte que ha predicado solamente durante un año después de su bautismo. Y tratan de confirmar esta afirmación por medio de la palabra del Profeta que dice «publicar un año de gracia del Señor y un día de retribución»^a. Son realmente ciegos los que pretenden haber descubierto las profundidades del abismo y desconocen en cambio lo que quieren decir «el año de gracia del Señor» y el «día de la retribución» de que habla Isaías.

Porque el profeta no habla de un día de doce horas, ni de un año de doce meses: los herejes mismos reconocen que los profetas han dicho una serie de cosas en parábolas y alegorías, y no según el sentido literal de las palabras.

22,2. Por tanto se llama «día de la retribución» (día de la paga) a aquel día en que el Señor «dará a cada uno según sus obras»^a, o sea el día del Juicio. En cambio «año de gracia del Señor» se llama al tiempo presente, en que son llamados por el Señor aquellos que creen en él y se hacen así objeto de los favores de Dios; o dicho de otro modo, todo el tiempo que transcurre desde su venida hasta la consumación final, tiempo en el transcurso del cual son adquiridos, como frutos, aquellos que se salvan. Porque, según la palabra del profeta, el «día de la retribución» sigue al «año en cuestión: y hubiera mentido el profeta, si el Señor hubiera predicado solamente durante un año y hubiera

hablado de él. Porque ¿dónde está el día de la retribución? El «año» ha pasado y el día de la retribución no ha llegado todavía: Dios hace salir todavía su Sol sobre los buenos y los malos y hace llover sobre los justos e injustos^b». Y los justos son perseguidos, afligidos y enviados a la muerte, en tanto que los pecadores están nadando en la abundancia y «bebiendo al son de la cítara y el psalterio, no atienden a las obras del Señor»^c. Ahora bien, según la palabra citada, deben estar unidas las dos cosas: el «año debe estar seguido del «día de la retribución» (de la paga)». Porque se dijo: «... publicar un año de gracia del Señor y un día de retribución».

Se entiende bien por tanto por «año de gracia del Señor» el tiempo presente, en que los hombres son llamados y salvados por el Señor, año acepto al Señor; y al que sigue el día de la retribución o día del juicio». Por otra parte este tiempo presente no es designado solamente con el nombre de «año», sino que al mismo tiempo es llamado «día» tanto por el profeta como por Pablo. Porque el apóstol, mencionando la Escritura, dice en su carta a los Romanos: «Según está escrito: «Por tu causa somos entregados a la muerte todo el día, somos considerados como ovejas destinadas al matadero»^d. La expresión «todo el día» debe entenderse por todo el lapso de tiempo en que somos perseguidos y degollados como ovejas. De la misma manera que este «día» no es un día de doce horas, sino todo el tiempo durante el cual sufren y son enviados a la muerte, a causa de Cristo, los que creen en él, y «este año» no es un año de doce meses, sino todo el tiempo de la fe, durante el que los hombres, oyendo la predicación, creen y se hacen objeto de los favores del Señor para así unirse a él.

22,3. Es cosa muy sorprendente que personas, que pretenden haber descubierto las profundidades de Dios^a, no hayan buscado en los Evangelios cuántas veces el Señor, durante la Pascua,

22,2 (b) Mat. 5,45; (c) Is. 5,12; (d) Rom. 8,36. Ps. 43,23. — 22,3 (a) I Cor. 2,10.

subió a Jerusalén después de su bautismo; porque los judíos de todas partes tenían por costumbre reunirse cada año en Jerusalén y celebrar allí la fiesta de la Pascua. Por tanto la primera vez que subió por la fiesta de la Pascua^c, fue después de haber convertido el agua en vino en Caná de Galilea y fue cuando «muchos creyeron en él, viendo^b los milagros que hacía»^d, tal como recuerda Juan, discípulo del Señor. Más tarde retirándose de nuevo le encontramos en Samaría conversando con la samaritana^e; después curó al hijo del centurión a distancia con una simple palabra diciendo: «Vete, tu hijo vive»^f. Después de esto subió por segunda vez a Jerusalén por la fiesta de la Pascua^g, y fue entonces cuando curó al paralítico que yacía junto a la piscina desde hacía treinta y otro años, ordenándole que se levantara, cogiera su camilla y se marchara^h. Después se retiró al otro lado del mar de Tiberíades, y, como le hubiese seguido allí un numeroso gentío, con cinco panes dio de comer a todos y sobraron doce cestos de pedazos de panⁱ. Más adelante, después de haber resucitado a Lázaro de entre los muertos^j, como estaba expuesto a las asechanzas de los fariseos, se retiró a la ciudad de Efrén^k; desde allí seis días antes de Pascua fue a Betania^l, tal como está escrito; de Betania en fin subió a Jerusalén^m, donde comió la Pascua y sufrió su Pasión al día siguiente. Todo el mundo estará de acuerdo de que estas tres Pascuas no pueden ser de un solo año. Y en cambio los que se glorían de saberlo todo, si no lo saben, pueden aprender de Moisés que el mes, en que se celebra la Pascua y en que sufrió el Señor su Pasión, no es el mes duodécimo sino el primeroⁿ. Se comprueba así que es falsa su interpretación del año y del duodécimo mes, y deben rechazar o bien su interpretación o bien el Evangelio: de lo contrario ¿cómo se explica que el Señor no haya predicado más que un solo año?

22,3 (b) Jn. 2,1-11; (c) Jn. 2,13; (d) Jn 2,23; (e) Jn. 4,1-41; (f) Jn. 4,50; (g) Jn. 5,1; (h) Jn. 5,2-15; (i) Jn. 6,1-13; (j) Jn. 11,1-44; (k) Jn. 11,47-54; (l) Jn. 12; (m) Jn. 12,12; (n) Ex. 12,2. Cer. 23,5. Num. 9,5.

22,4. Por lo demás, si él no tenía más que treinta años cuando fue a bautizarse, tenía la edad perfecta de un maestro cuando fue después a Jerusalén, de tal manera que con razón era llamado maestro por todos, porque no se podía decir de él que pareciera una cosa y fuera otra, como dicen los docetas, sino que lo que era, eso manifestaba ser también.

Siendo maestro por tanto, tenía también la edad de un maestro.

Él ni ha rechazado ni sobrepasado la condición humana, ni ha deshecho en su persona la ley del género humano, sino que ha santificado todas las edades según la semejanza que teníamos con él. Porque él vino para salvar a todos los hombres por sí mismos —he dicho todos los hombres que por medio de él renacen en Dios: los recién nacidos, los infantes, los adolescentes, los jóvenes y hombres de edad madura. Por eso pasó él por todas las edades de la vida: haciéndose recién nacido con los recién nacidos; haciéndose infante entre los infantes ha santificado a los que eran de esa edad y se ha hecho para ellos al mismo tiempo un modelo de piedad, de justicia y sumisión; haciéndose joven entre los jóvenes se ha hecho para ellos un modelo y los ha santificado para el Señor. De esta misma manera se ha hecho también hombre maduro entre los hombres maduros, a fin de ser en todo momento el Maestro perfecto, no sólo en cuanto a la exposición de la verdad, sino también en cuanto a la edad, santificando al mismo tiempo a los hombres maduros y siendo un modelo también para ellos. Finalmente ha descendido hasta la muerte, para ser el Primer nacido de entre los muertos, aquel que tiene la primacía en todo^a, que es el autor de la vida^b, anterior a todos los hombres y que precede a todos.

22,5. Mas los herejes, para poder apoyar su ficción en una palabra de la Escritura: «... publicar un año de gracia del Señor», dicen que ha predicado él solamente durante un año y ha sufrido

su Pasión el duodécimo mes. En contra de su propia doctrina y sin darse cuenta, reducen a la nada toda la obra del Señor, quitándole el período más necesario y más honroso de su vida, es decir, cuando más edad tenía, y cuando hacía de guía de todos por medio de su enseñanza. Porque ¿cómo tuvo discípulos, si no enseñaba? y ¿cómo enseñaba, si no tenía la edad de un maestro? Cuando fue a bautizarse no había cumplido aún los treinta años, sino que estaba en el comienzo de su trigésimo año. Es Lucas el que indica la edad del Señor en estos términos: «Jesús comenzaba su trigésimo año»^a cuando fue a bautizarse. Si predicó solamente durante un año a partir de su bautismo, sufrió su Pasión al cumplir los treinta años, cuando todavía era un hombre joven y no había alcanzado aún una edad más avanzada. Porque todo el mundo estará de acuerdo en que la edad de treinta años es la de un hombre todavía joven, y de que esta juventud se extiende hasta los cuarenta años: a partir de los cuarenta hasta los cincuenta se está descendiendo ya a la vejez. Era ésta precisamente la edad que aparentaba tener Nuestro Señor cuando enseñaba: Lo atestiguan el Evangelio y todos los presbíteros de Asia, que se agrupaban en torno a Juan, discípulo del Señor. Estos presbíteros nos refieren que fue Juan el que les transmitió esa tradición, porque él permaneció con ellos hasta la época de Trajano. Algunos de estos presbíteros no sólo han visto a Juan, sino también a otros apóstoles y les han oído referir lo mismo y atestiguan el hecho. ¿A quienes debemos creer preferentemente? ¿A estos presbíteros o más bien a Ptolomeo que no ha visto jamás a los apóstoles y que ni siquiera en sueños ha seguido jamás las huellas de alguno de ellos?

22,6. Los judíos mismos discutiendo con el Señor Jesu-Cristo indicaron esto mismo. En efecto, cuando el Señor les dijo:

«Abraham, vuestro Padre, saltó de alegría con el pensamiento de ver mi día, lo vio y se regocijó»; le respondieron: «No

tienes aún cincuenta años ¿y has visto a Abraham?^a. Una palabra así se dirige normalmente a un hombre que ha rebasado los cuarenta años y que no ha llegado aún a los cincuenta, pero no está lejos. Sin embargo a un hombre, que no tuviera más que treinta años, se le diría: «No tienes aún cuarenta años». Porque, si querían convencerle de mentiroso, no tenían que propasarse mucho de la edad que aparentaba; le daban por tanto una edad aproximada, bien porque conocían su verdadera edad por los registros del censo, o bien porque calculaban su edad por lo que aparentaba, que era más de cuarenta años y no treinta. Porque hubiera sido de poca sensatez por su parte agregar mintiendo veinte años cuando querían probar que era posterior a la época de Abraham. Decían lo que veían, y lo que veían no era cosa aparente sino real. El Señor por tanto no estaba muy lejos de los cincuenta años, y por eso podían decirle los judíos: Tú no tienes todavía cincuenta años ¿y has visto a Abraham? Hay que decir por tanto que el Señor no predicó solamente durante un año y no sufrió su Pasión a los doce meses. Porque el tiempo transcurrido desde los treinta años a los cincuenta no equivaldrá jamás a un año, a no ser que sean unos años tan largos los que atribuyen a sus Eones, que residen ordenadamente en el Pleroma junto al Abismo

— Eones de que el poeta Homero ha dicho, inspirado también él por la Madre del error de ellos: Los dioses sentados junto a Zeus conversaban juntos sobre un pavimento de oro^b.

d) *La hemorroísa curada después de doce años de sufrimiento (23,1-2)*

23,1. Mas la ignorancia de los herejes ha sido descubierta también con motivo de la mujer atacada de un flujo de sangre y curada por haber tocado la orla del vestido del Señor^a —porque representa ella, según ellos, la duodécima Virtud que ha sufrido la pasión y ha quedado derramada en el infinito, o sea el duodé-